

## PRESENTACIÓN

Presentar hoy día una colección de escritos de metafísica supone cierta osadía, tal vez ingenuidad, sobre todo si se hace apelando a alguna forma de conciencia histórica. Ciertamente son muchos los que ven tras la declaración del final de la metafísica una especie de legitimidad para defender la inconsistencia de cualquier principio. Por lo que no es difícil advertir que la seguridad con la que afirman que las cuestiones de la metafísica han sido definitivamente superadas, no es menos ingenua que su visión de la disciplina que supuestamente están dejando atrás: un saber sobre lo real que adopta como principio meras ideas, contenidos mentales que por serlo admiten infinitas combinaciones, posibilidades todas ellas igualmente verdaderas y, *eo ipso*, igualmente falsas. En esta descripción –por lo pronto simplista– podemos reconocer rasgos característicos de la metafísica racionalista, pero poco más.

Todo esto podría ser ya motivo suficiente para ignorar los argumentos de buena parte de los pensadores contemporáneos. Pero podría ser también motivo precisamente para lo contrario. Porque ¿qué es la declaración del final de la metafísica sino una convención de nuestros días –en línea con el pensamiento deconstructivista–, uno de los sedimentos que deja el paso del tiempo con los que fijamos (y ocultamos) la realidad en permanente cambio y movimiento?; siendo así que el papel de la metafísica es liberarnos de las convenciones del tipo que sean (también de las científicas y culturales), e incluso de los saberes derivados, por muy filosóficos que se pretendan. La metafísica ha sido siempre una forma de *epojé*, una sepa-

ración liberadora de los aditamentos culturales, científicos o, incluso, éticos que cada época arrastra consigo: los que el hombre “inventa” para enfrentarse a su no-ser-del-todo, al fenómeno de la muerte. Esto explica tanto su riqueza como su pobreza, rasgos con los que Fernando Inciarte se refiere a la tarea de la metafísica; aquí radica en gran medida su contribución imprescindible a toda forma de vida y de conocimiento, a la vez que explica su escaso equipaje después de tantos siglos de filosofía.

En este sentido, no sorprende que incluso en filósofos como Kant, Hegel, Nietzsche, Wittgenstein o Derrida esté presente la pregunta por el ser o el no ser en general, por el ser y la nada; en una palabra, la pregunta de la metafísica. Según Heidegger, incluso la pregunta última de la metafísica: por qué hay algo y no más bien nada. De todos ellos cabe decir que son antimetafísicos en la misma medida en que hacen metafísica. Su revisión —en algún caso, su propuesta alternativa— de la metafísica puede ser también leída, y así lo ha sido, como una actualización de las cuestiones principales. La metafísica no es sólo esto; pero sí fundamentalmente. Por eso, en los vaivenes de los dos últimos siglos de filosofía, se ha perdido mucho menos de lo que piensan algunos de nuestros contemporáneos. Y también por eso no sólo no conseguimos evitar ciertas preguntas, sino que además los mismos filósofos que han declarado su impertinencia nos ayudan a replantearlas en los términos más vivos, más cercanos a nuestras convenciones y creencias. En la filosofía no hay ninguna pregunta acabada, sino que —como señala Inciarte, respondiendo a quienes dan por superada la metafísica— algunas de ellas, incluso las últimas, pueden ser planteadas de nuevo en todo momento.

Cuando la filosofía alcanza su propio temple no sólo se disipan las peculiares contradicciones que parecen detener su curso; más aun, se libera el espacio que corresponde a las cuestiones metafísicas. Un ejemplo de esto es el magisterio y la obra filosófica de Fernando Inciarte, desarrollados principalmente en Alemania. Todos sus escritos tratan de un modo u otro sobre metafísica. Ya su primer trabajo *serio* —un estudio filosófico sobre *Las Meninas* de Velázquez, premiado en 1948 y después perdido— abordaba las oposiciones realidad/apariencia, presencia/representación, originariedad/copia, forma/contenido desde una perspectiva típicamente postmetafísica, la de la reflexión sobre el arte. En los últimos cursos que dictó en la Universidad de Navarra volvió a esos comienzos, habiendo recorrido ya —desde su cátedra en Münster— muchos caminos y vericuetos del pensamiento y la cultura. Estos caminos son los de los grandes pensadores de la historia de la filosofía, pero no menor importancia tiene su

propio peregrinar, que dejaba en ocasiones huellas apenas visibles, y siempre señales claras de la dirección a seguir.

El conjunto de artículos que recoge este volumen es una buena muestra de todo eso: de su amplio y variado círculo de amistades filosóficas, de la dureza y dificultad que acompañan el análisis de algunas cuestiones, y de los señuelos que asaltan al caminante con la promesa de atajos que no son tales. Pero, sobre todo, de *la metafísica tras el final de la metafísica*, a la que me he referido en los primeros párrafos de esta presentación. Tomando pie de los motivos característicos de las corrientes filosóficas de nuestra época, Inciarte sostiene una apasionante conversación que salva las distancias de tiempo e idioma, pues *¿no es el espíritu lo que supera las distancias, lo que las supera sin tiempo?* se preguntaba en una ocasión; en otras palabras *¿no es aquello para lo que no hay distancias?* *Perspectiva sin perspectivismo*, era su respuesta más coloquial frente cualquier forma de historicismo o relativismo que pretenda invalidar el alcance veritativo de la tradición filosófica, pero también frente a la tentación de reducir la verdad a fórmulas acabadas.

La proliferación de signos, el representacionismo frente al conocimiento intuitivo, la suplantación de lo originario por una originalidad siempre nueva, la confusión entre lo que se dice y aquello de lo que se predica, todas estas cuestiones convocan tanto a nuestros contemporáneos como a Platón y Aristóteles. Pues, al equiparar sujeto y predicado, cosa y opinión –tal como hace el relativismo postmoderno–, todo lo que se dice se vuelve verdadero, y sólo importa qué verdad se impone. De este modo, sostiene Inciarte, se consigue nuevamente la situación que los sofistas habían diagnosticado con la máxima puntería y que al mismo tiempo habían creado: el dominio de las opiniones en la plaza del mercado. Precisamente contra este dominio reaccionaron Platón y Aristóteles, distinguiendo por vez primera la cosa de la opinión, el concepto del juicio, el sujeto de la proposición del predicado de la proposición, aquello de lo que se habla de lo que en cada caso se dice, y la realidad de las concepciones sobre ella. Aquí sitúa Inciarte la fundación de la metafísica, cuyo derrumbamiento y resurrección vivimos periódicamente desde hace más de cien años. Y añade, “momentáneamente yace derrumbada; algunos dicen que para siempre. Sus adversarios más agudos y lúcidos opinan por el contrario que a ella, por desgracia, nunca se la puede matar del todo. Por mi parte –concluye–, yo sólo quiero insistir en que ella ha muerto sobre todo de muerte conceptual, de muerte del concepto como abstracción. Pues, por lo demás, el concepto es justamente aquello que tiene la máxima proximidad a la

realidad, y concretamente porque es lo único que permite conocer la realidad, sin ser él mismo real –como las copias, las imágenes o también las meras palabras–; lo único que es totalmente inconmensurable con la realidad, que no es en modo alguno semejante (o desemejante a ella)”.

Cuando parece que sólo nos rodean ruinas, Inciarte nos recuerda que no hay saber más humano que la metafísica; como no se ve condicionada por circunstancias históricas particulares, sus resultados no dependen del modo particular en que razone la humanidad en este u otro momento. La metafísica es obra de *la razón pura* porque trata de aquello que de ninguna manera depende del hombre, que en su formulación más extrema viene a ser la muerte: lo único que el hombre no puede cambiar. Esta clave tampoco ha pasado inadvertida para los antimetafísicos contemporáneos, que en la inalterabilidad de la muerte ven el límite irrebachable, el problema irresoluble.

En su obra autobiográfica anota Inciarte: “Vivir es vivir de ilusiones, empezando por la ilusión del tiempo extendido. Lo que ocurre también es, sin embargo, que cuanto más uno se pierde en la ilusión del tiempo, del tiempo lineal, ilusión necesaria para seguir viviendo, más se olvida uno de la muerte, más se cree inmortal, y también más se cree uno libre. Como cuando decía Spinoza que cuanto más libre es uno menos habla de la muerte. Para él, la libertad es cuestión de vitalidad”. Y así “enseñar a morir es, a la larga, la tarea de la metafísica, por lo menos desde Platón; a morir, que es lo que sentimos como máxima injusticia, pero que bien podría guardar la llave del sentido de todas las “injusticias”, incluida la muerte misma. (...) La muerte es lo único que hace a la metafísica convincente. Sin muerte la metafísica no pasaría de ser confianza ciega en la razón y, además de ciega, vacía. (...) La muerte es el aguijón que nos mantiene alerta. El modo más eficaz de eliminar la metafísica es eliminando ese aguijón, haciendo de la vida un simulacro sin principio ni fin”.

En este libro se han reunido conferencias, artículos publicados y escritos inéditos elaborados por Inciarte a lo largo de casi 30 años: una parte sustantiva de su producción en español (excepto un texto traducido de inglés), entresacada de una extensa relación de publicaciones en alemán, inglés e italiano. Los textos ya publicados han sido revisados siguiendo las anotaciones manuscritas y las correcciones a las ediciones que se conser-

van en su archivo personal<sup>1</sup>. Algunos artículos se han enriquecido con las indicaciones del autor no atendidas en la primera publicación, con los párrafos *perdidos* de la redacción original, unas veces por defectos de edición, otras por adaptaciones hechas para ser leídas en congresos: por ejemplo, *La identidad del sujeto individual, Metafísica y cosificación*. Se presenta por primera vez *Sobre el ahora* en la versión castellana que preparó Inciarte, al tiempo que rescribía algunos pasajes y añadía otros; también la traducción al español de *Heidegger, Hegel y Aristóteles: ¿una línea directa?*; además se publican los textos hasta ahora inéditos: *Tolstoi y la tortuga*, así como *El problema del lenguaje en la filosofía alemana*.

La selección de textos de este volumen permite comprobar la viveza del pensamiento de Inciarte: no se deja vencer por la pereza del corazón. Aborda sin ambages las relaciones entre Ser y ser finito, sustancia y accidentes, *ahora* real y tiempo lineal; en ellas advierte las profundas heridas de la filosofía: el ser, la muerte, la libertad. Lejos del ánimo que tanto inquietaba a los filósofos románticos, y en buena medida a Heidegger cuando hace suyas las palabras de Novalis: *buscamos lo incondicionado y no encontramos nunca sino cosas*, Inciarte no ve en el mundo sino hallazgos plenos de voces y ecos que sitúan la mirada del filósofo en la misma línea del horizonte, no más cerca, pero tampoco más lejos, allí donde las cosas son más ellas mismas y dependen menos de nuestro punto de vista. Es entonces cuando la libertad se atempera con la *ratio* ofreciendo una claridad nueva sobre la condición natural del ser humano. Si el hombre no está en condiciones de conocer la realidad tal como es, entonces no puede ser libre. Y el hombre ya no estaría en condiciones de conocer la realidad como es, si la realidad –según dice la filosofía de la conciencia– se construyera a partir de representaciones o –como dice el giro lingüístico– a partir de las piezas de un lenguaje compuestas cada vez de modo distinto, esto es, a partir del uso lingüístico.

Inciarte sigue a Aristóteles cuando afirma que sólo la metafísica como ciencia del *ens ut ens* es capaz de dar con las estructuras mínimas pero imprescindibles para que la realidad sea real, sin proyectar sobre ella lo que depende de nuestro modo de conocer. Conocer la realidad tal como es, significa, sobre todo, tener la capacidad de formar conceptos, por ejemplo, el concepto de dolor, para lo cual no son necesarias ni palabras ni sensa-

1. Agradezco a las revistas *Anuario Filosófico*, *Scripta Theologica* y *Acta Philosophica*, así como a los editores de la Universidad de la Sabana y de la Universidad de Navarra la favorable acogida de la edición de los textos ya publicados.

ciones, sino más bien el logro de que es capaz todo hombre, sea sordo o ciego, de constatar en sí mismo o en otros que esto (un gemido o un gesto torcido de otro, una punzada en el propio corazón) es lo mismo que aquello. Una excelente prueba de esto se encuentra en el capítulo dedicado a la relación sujeto-predicado en la doctrina trinitaria de Tomás de Aquino. La finura de análisis y las distinciones semánticas con las que el pensador medieval se enfrenta a una cuestión teológica iluminan problemas centrales de la actual filosofía del lenguaje.

Mientras los críticos de la metafísica le reprochan haberse ocupado de oposiciones “indecidibles” por ser sólo aparentes oposiciones, Inciarte hace de ellas el nervio de su argumentación metafísica tras el final de la metafísica. Considera que una de sus tesis centrales es que para permanecer siendo lo mismo, la misma sustancia se entiende, es preciso modificarse de continuo. Todo lo que es, existe en sus modificaciones y estados: la realidad histórico-cultural más que ninguna otra parece estar hecha de tiempo. Si no se advierte esto, se busca neutralizar las oposiciones diciendo que son aparentes y, por tanto, que es mejor abstenerse de todo juicio pues —como defendía ya el escepticismo antiguo— no hay nada que decidir.

Según Inciarte, en la filosofía aristotélica se escenifica de modo magistral la amenaza que rodea la metafísica: el holismo (entonces de la sofística griega, ahora de la sofística analítica, por ejemplo, de Quine) que identifica los accidentes con aquello de lo que se predicán, que convierte todo en contenidos, significados. Y esa misma filosofía ofrece la medida reparadora de tales excesos: el esencialismo aristotélico, para el que las sustancias no cambian ni se modifican sustancialmente, sino accidentalmente, pues la identidad no es algo estático, sino que la sustancia no consiste en otra cosa que en su propia actividad. La necesidad de aceptar sujetos sigue a la deducción de la necesidad de esencias. El sujeto de propiedades no puede ser uno solo (holismo), pues las determinaciones serían accidentales y los accidentes deberían predicarse de accidentes, lo que es igual a la falta de orden o regulación en el lenguaje significativo. Con esta misma dificultad se encuentran las corrientes herederas del giro lingüístico, también la hermenéutica filosófica.

A la centralidad de esta cuestión contribuye también la filosofía trascendental. Kant recupera en la primera *Analogía de la experiencia* un aspecto —desatendido por la tradición— de la relación entre sustancia y accidentes; se trata de plantear esa relación desde la perspectiva del tiempo. Aunque la relación entre el ser y el tiempo no sea la piedra angular de

## PRESENTACIÓN

la nueva metafísica kantiana, sí que es, en cambio, una de las líneas de fuerza del idealismo. El realismo –sostiene Inciarte– acierta en ver la relación sustancia/accidentes desde la perspectiva del espacio, en cambio el idealismo tiene razón cuando la ve desde la del tiempo. Tiempo en su doble acepción: como concepto físico o histórico (el concepto científico del tiempo) y como concepto metafísico. Inciarte considera que hay una estricta analogía entre la relación de la sustancia y los accidentes, por una parte, y la del instante y los instantes, por otra: “más concretamente, así como se da una identidad –contingente por supuesto– entre los accidentes entre sí y de éstos con la sustancia, así se da una identidad entre el instante y los instantes, el ahora y los ahora”.

Inciarte muestra magistralmente cómo a propósito del tiempo, el ser y la sustancia, sobre las pisadas de Hegel camina Heidegger, sin advertir claramente hasta qué extremos Aristóteles había anticipado sus pasos y despejado lo que tantas veces son preguntas mal planteadas, problemas que no merecen atención porque están mal formulados: antes de refutar un argumento hay que plantear bien las preguntas, siendo las aporías sobre el tiempo un ejemplo clásico. El enigma del tiempo consiste, ya para Aristóteles, no tanto en que bajo una mirada más atenta su realidad se condense en una sucesión de “ahoras”, cada uno de los cuales no es tiempo y ni siquiera parte de él; más bien consiste en el hecho de que, aunque cualquier cosa es sólo ahora –ahora esto, ahora aquello, y así sucesivamente–, no obstante, hay un único “ahora”. Precisamente como, según Heidegger, hay un único ser voceándose a sí mismo a lo largo de la historia, y, de hecho, idéntico con su propia y siempre diferente historia voceada, como opuesto a un presunto ocultarse meramente detrás de sus cambiantes manifestaciones en la historia.

Ojalá sirvan estos breves trazos para despertar en el lector el interés por la *ciencia primera*. Los textos incluidos en este volumen muestran que no cabe apresurarse a dar por superadas las preguntas de la metafísica; todo lo contrario. En este tiempo de globalización filosófica y también de máxima regionalización, Inciarte parece hacernos una advertencia. Si alguien dedicado a la filosofía, y no meramente a la perpetuación de una escuela, no se ha topado ya con estas cuestiones, es que todavía no ha empezado a pensar.

LOURDES FLAMARIQUE

Noviembre de 2003